



Un análisis historiográfico de la obra *Historia del Movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* de Hernán Ramírez Necochea y sus aportes a la historiografía marxista chilena

An historiographical analysis of the work *Historia del Movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* by Hernán Ramírez Necochea and its contribution to Chilean Marxist historiography

Daniela Tapia

Estudiante Licenciatura en Historia

Universidad de Concepción

Dtapia2017@udec.cl

Resumen:

En la década de 1950, la historia tradicional chilena enfocaba sus estudios en factores político-militares. La historia del movimiento obrero no había sido estudiada en profundidad, al menos hasta que Ramírez Necochea entra a la escena. La publicación de *Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* marca un hito en el estudio de la historia social en Chile y sienta las bases del estudio historiográfico sistemático del mundo obrero. El objetivo de este ensayo es analizar críticamente esta obra y destacar sus aportes a la historiografía marxista chilena.

Palabras Clave: Movimiento obrero, Burguesía, Marxismo

Abstract:

In the 1950s, the Chilean traditional historiography focused on political-military factors. The history of the labor movement had not been studied in depth, at least until Ramírez Necochea comes into the picture. The publication of *Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* represents a milestone in the study of social history in Chile and lays the foundations for the systematic study of the working class-movement. The purpose of this essay is to critically analyze this work and highlight its contributions to the Chilean Marxists historiography.

Keywords.: Working-class movement, Bourgeoisie, Marxism

Cómo citar este ensayo: Tapia, D. (2021). Un análisis historiográfico de la obra *Historia del Movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* de Hernán Ramírez Necochea y sus aportes a la historiografía marxista. *Revista Némesis*, 17, 10 - 22.

Fecha de recepción: 21/12/2020

Fecha de aceptación: 29/03/2021

Un análisis historiográfico de la obra *Historia del Movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* de Hernán Ramírez Necochea y sus aportes a la historiografía marxista chilena

Introducción

Hernán Ramírez Necochea fue un destacado historiador chileno de orientación marxista. Su obra se enfoca en el nacimiento y posterior consolidación del movimiento obrero en Chile y ha sido reconocida por el intento de comprender la historia social de las organizaciones obreras desde una perspectiva historiográfica marxista y crítica de la historiografía tradicional del siglo XIX.

En el texto *Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX*, el autor intenta explicar los antecedentes en el proceso de conformación de la clase obrera chilena, analizando causas de diversa índole, desde la cultura, la economía y la sociedad. Estos antecedentes se centran no solo en el siglo XIX, sino que también, quizás de forma implícita, en el periodo colonial chileno. Ramírez Necochea trata de explicar de una manera interesante el desarrollo de la sociedad del siglo XIX, que heredó sus bases del periodo colonial, pero que se transforma en el transcurso del siglo en una economía capitalista.

El texto analizado en este ensayo consta de dos partes de cuatro capítulos cada una. En la primera, el autor aborda desde una perspectiva crítica la conformación del proletariado chileno, centrando su estudio desde mediados del siglo XIX hasta el inicio de la Guerra del Pacífico. La segunda parte aborda el periodo desde 1879 hasta 1900, estudiando un proletariado más firme, con progresiva conciencia de clase y mayores niveles de organización. En el análisis historiográfico que llevaremos a cabo, intentamos encontrar puntos que sirvan para la reflexión y para posicionar al autor como uno de los primeros historiadores que estudia los antecedentes del movimiento obrero chileno desde una perspectiva marxista.

La historiografía chilena se había caracterizado por muchos años por estudiar a los grandes personajes, enfocarse en lo militar y en el Estado (Gazmuri, 2012). Esta línea la siguieron autores como Diego Barras Arana, Miguel Luis Amunátegui y Benjamín Vicuña Mackenna, quienes se enfocaron en una historia narrativista y tradicional, que siguió sin modificaciones significativas por décadas, hasta que entrase Ramírez Necochea, a mediados del siglo XX. El autor se plantea el desafío de analizar a los desplazados por la historia tradicional, es decir, a los obreros y campesinos, además de las primeras organizaciones obreras, sus antecedentes y posterior consolidación. Este ímpetu revisionista va a ser re-significado a finales del siglo XX por los autores que pasarán a formar parte de la denominada Nueva Historia Social chilena (Grez, 2005; Vergara, 2017).

Durante el siglo XIX, argumenta Ramírez Necochea, Chile comenzó a experimentar importantes transformaciones; desde la independencia en 1810 hasta la guerra civil en 1891, que derroca al presidente José Manuel Balmaceda. La economía sufre una alteración radical a finales de siglo y, en lo social, hay nuevas clases que emergen, como la burguesía, la clase media y el proletariado. A consecuencia de estas variaciones económicas y sociales, afloran desigualdades, lo que se refleja en las organizaciones obreras que surgen desde mediados del siglo XIX y con más fuerza después de la Guerra del Pacífico (Grez, 1997). Del mismo modo, el sistema económico capitalista que se instaura en el país incentiva la migración campo-ciudad, lo que tiene como consecuencia graves problemas de hacinamiento y enfermedades en los sectores industriales y/o urbanos (Garcés, 2003). Recientemente, la historiografía económica ha mostrado que, efectivamente, el ciclo expansivo de finales del siglo XIX puede ser caracterizado como crecimiento sin desarrollo, utilizando el término propuesto por Matus (2012).

Primeros años como República

Luego de su independencia, Chile comenzó a vivir una época de inestabilidad institucional por la poca experiencia que se tenía en los asuntos prácticos propios de la vida republicana. La década de 1820 estuvo caracterizada por debates importantes que marcarían el futuro de Chile (Stuven Vattier y Cid, 2012); como la instauración —poco duradera— de varias constituciones en los años 1823, 1826 y 1829, además de la conformación de frentes políticos como los pelucones (conservadores) y los pipiols (liberales), quienes terminarían enfrentándose finalmente en Lircay, con un desenlace a favor de los pelucones (Salazar, 2012). Luego del conflicto, los conservadores se mantienen por 30 años en el poder, y logran instaurar una constitución que nos regiría por casi un siglo. En este contexto, destaca la figura de Diego Portales (Jocelyn-Holt, 1999), uno de los personajes más destacados del siglo XIX, que por su carácter imponente y por su ideario autoritario, logró establecer una constitución que no sufriría cambios estructurales significativos hasta la llegada al poder de los liberales. Este nuevo orden sería duramente criticado por liberales que comenzaron a arriba desde Europa con ideas revolucionarias, lo cual marcaría, según Ramírez Necochea, un precedente importante para la conformación de las primeras organizaciones obreras que nacen a mediados del siglo XIX.

Orígenes del movimiento obrero

Para Hernán Ramírez Necochea, a diferencia de otros, los orígenes del movimiento obrero se remontan a mediados del siglo XIX; aspecto que posteriormente es puesto en duda por autores como Grez (1997) o Salazar (2000). En lo económico, el latifundio, entendido como el monopolio de la tierra en manos de un grupo reducido, habría sido heredado del periodo colonial. El terrateniente es considerado por Ramírez Necochea como vicioso y soberbio, por la capacidad de explotar al inquilino y por obtener riquezas a costas del trabajo ajeno. Asimismo, debido a la predominancia de la economía agraria, la mayoría de los habitantes se encontraba viviendo en los campos. La población del siglo XIX era predominantemente rural, lo que representaba un obstáculo para la actividad comercial. En este contexto, además, la minería, que sería durante la mitad del siglo XIX una actividad incipiente, tiene características bastantes rudimentarias, impidiendo el progreso económico del país durante los primeros años luego de la conformación de la república.

El cambio económico progresivo que experimenta Chile a mediados de siglo, según relata el autor, tiene directa relación con la transformación que había vivido Europa en el siglo XVIII; el capitalismo industrial comenzó a desarrollarse de forma acelerada por la revolución industrial y estas transformaciones fueron consideradas revolucionarias para la época. Se generalizó el uso de nuevos medios de transporte, nuevos medios de pago (como el oro y la plata) y nuevas formas productivas. La industrialización en Chile se inicia de forma paulatina y llega a transformar en todo sentido a la sociedad chilena, sostiene Ramírez Necochea, desde el nacimiento de nuevas clases sociales hasta el cambio en el sistema económico. Esta tesis va ser reinterpretada críticamente en las décadas posteriores (Ortega, 2005; Salazar, 2009), manteniendo la idea que en Chile tuvo lugar un proceso de industrialización, pero reenfocando la mirada hacia áreas urbanas y sectores artesanales (Fernández Darraz, 2003).

El campesino, explotado en las tierras de sus dueños, comienza a ser protagonista de la migración hacia las ciudades, motivado por el nacimiento de industrias y comenzando a conformar lo que para el autor sería la clase proletaria chilena. Esta economía “feudal”, como la describe (1986), sufrió un radical cambio con la llegada de los capitalistas ingleses en el siglo XIX, quienes impulsaron un paulatino cambio en la economía nacional con nuevos capitales e inversiones. La llegada de los ingleses al país es considerada por el autor como un signo del “imperialismo”; en este argumento es posible notar en el autor una marcada tendencia de izquierda-marxista. La inversión extranjera en Chile habría jugado un rol bastante destacado desde mediados de siglo hasta bien avanzado el siglo XX; lo anterior se puede apreciar, por ejemplo, por los capitales que entraban al país en el sector minero, en específico a los yacimientos de salitre y cobre. Este aspecto, adelantado tempranamente por el autor, es estudiado posteriormente, con mayor profundidad,

por Cavieres (1988). En la época finisecular se logró experimentar un cambio notorio en la disminución de la producción del cobre, reenfoándose las nuevas inversiones en la naciente industria salitrera, que tomó fuerza luego de la Guerra del Pacífico y la anexión chilena de las provincias de Tarapacá y Antofagasta. Otros de los espacios que son destacados en la industria minera son los centros carboníferos de Coronel y Lota. Esta zona explotada en la región del Biobío responde a las transformaciones económicas mencionadas anteriormente y que se logra percibir en todo el país. Estos centros mineros se caracterizan por pasar por dos etapas (Benedetti, 2019): la primera es la preindustrial, donde la zona es explotada por el autoconsumo; y la segunda es la industrial, caracterizada por la especialización de la extracción minera. En este contexto, destacan empresarios como Jorge Rojas y Matías Cousiño, por ejemplo.

Desde mediados del siglo XIX hasta el inicio de la Guerra del Pacífico, Chile experimentó lentos pero paulatinos cambios hacia una economía capitalista. Se logró, según el autor, un capitalismo bancario y comercial, pero no industrial, pues persistieron elementos propios de una economía agraria con elementos feudales. Además, no existían en forma considerable capitalistas nacionales. Según el autor, el imperialismo inglés predomina hasta bien entrado el siglo XX, como fue analizado posteriormente por otros autores (Ross, 2003). Este nuevo sistema económico, que de a poco desplaza a una economía marcadamente agraria, fue impulsado por el auge del salitre, que lleva al país a importantes obras de modernizaciones gracias al aumento del ingreso fiscal. La modernización de la época finisecular se puede apreciar en la construcción de ferrocarriles y puentes, la habilitación de puertos, la radicalización de colonos extranjeros en el sur luego de la “pacificación” de la Araucanía, y la creación de centros educacionales como escuelas normales, escuela de Artes y Oficios, liceos y escuelas primarias (Cariola y Sunkel, 1983).

Transformaciones sociales

El sistema capitalista que en Chile empezaba a tomar más fuerza a medida que avanzaba el siglo XIX, impulsa el surgimiento de nuevas clases sociales, las que fueron desplazando a las que predominaban en el sistema agrario. El latifundio estaba basado en la presencia de un campesinado subordinado a una aristocracia terrateniente-mercantil. Varios autores, como Claudio Gay (1862), Benjamín Vicuña Mackenna (1856) y Augusto Orrego Luco (1897), habían criticado las condiciones en las que vivían los campesinos durante el siglo XIX. Como fue mencionado anteriormente, la forma de producción capitalista, según el autor, se consolida después de la Guerra del Pacífico, provocando una potente migración campo-ciudad, que a su vez permite la aparición de diversos grupos sociales urbanos, como la burguesía, la clase media y el proletariado. La burguesía es considerada como la clase que paulatinamente toma el lugar de la clase aristocrática y es la poseedora de los capitales para las inversiones. Dentro de la escena política del país comienza a tomar bastante fuerza y poder en este periodo. Era, a mediados del siglo XIX, una clase heterogénea en ascenso que terminará siendo determinante en la historia social y política del país hasta bien entrado el siglo XX. Esta supuesta antítesis entre aristocracia terrateniente y burguesía va ser criticada posteriormente por autores como Villalobos (1987), pero manteniendo la idea que la irrupción del capitalismo provoca cambios importantes en la oligarquía local. La clase media, por su parte, cumple funciones específicas en la economía, como las labores de la administración pública. Dentro de este grupo se encuentran los profesores, los empleados de casas de comercio, empleados de instituciones bancarias, profesiones, técnicos, abogados, etc. (López, 2017). Finalmente, el proletariado es, según la definición del autor, quien trabaja empleando su fuerza física, carece de los medios de producción y está obligado a vender su fuerza de trabajo a cambio de un salario. El proletariado chileno nace desde el campesinado, argumenta el autor, pero también hubo obreros extranjeros que fueron parte de este proceso de consolidación de la movilización popular, como fueron los peruanos y bolivianos en las zonas salitreras del norte del país. El autor plantea que antes de la Guerra del Pacífico en Chile no existía un proletariado industrial como tal. Más bien, existían de forma dispersa por el país, sin lograr cohesionarse para lograr una organización estructural, como se podrá apreciar en la época finisecular, donde los obreros comienzan a jugar un papel fundamental en la escena social y política del país.

Antes que estas nuevas clases emergieran y lograran consolidarse, existieron movimientos que ayudaron a darle forma a la organización obrera, como la Sociedad de la Igualdad, fundada en 1850 y que duraría apenas ocho meses, pero que marcarían un hito en la movilización liberal del siglo XIX. Durante el decenio 1840-1850, el país comenzó a vivir un periodo de convulsiones políticas bastante importantes, así lo plantea Ramírez Necochea, donde el pensamiento liberal europeo comienza a irrumpir en los círculos liberales chilenos. Empiezan a surgir matices entre una burguesía cercana al partido liberal, con una concepción político-jurídica centrada en el gobierno y la posibilidad de gobernar, y otro sector —más acorde a los pensamientos liberales europeos— que tenía contacto con la clase media y algunos sectores populares. Estos últimos buscaban consolidar lo que el autor denomina revolución “democrática burguesa” (1986). La Sociedad de la Igualdad es considerada para el autor como una “escuela de capacitación política” que les sirvió a los sectores populares como una incipiente organización. En esta línea, Sergio Grez (1997) también coincide con Ramírez Necochea en que los antecedentes de la fundación de la Sociedad de La Igualdad responden a la convulsión del decenio de 1840-1850, donde los liberales buscaban un mayor protagonismo en la escena política del país, influenciados por los pensamientos revolucionarios provenientes de Europa post-1848.

La Sociedad de la Igualdad marca un hito importante en el siglo XIX y sus más destacados fundadores —Francisco Bilbao y Santiago Arcos— aún más, ya que este primer intento para consolidar una organización guiada por los ideales de una revolución “democrática burguesa” abre la puerta para el surgimiento de algunas organizaciones similares, como la Sociedad de Unión Republicana del Pueblo en 1864, cuyos objetivos eran trabajar por el progreso y moral del pueblo; la Sociedad Escuela Republicana en 1868, que logró instaurar varias sedes en distintas ciudades; y la Sociedad de la Igualdad en Valparaíso en 1873, entre otras.

Hernán Ramírez Necochea analiza desde su mirada marxista los pensamientos liberales de los fundadores de la Sociedad de la Igualdad. Por un lado, se encuentra Francisco Bilbao, considerado por el autor como un liberal que había sido influenciado por pensadores franceses como Rousseau, y seguía el lema “Igualdad, libertad, fraternidad”. No obstante, a pesar de que Bilbao consideraba que el latifundio explotaba al campesino pobre y que existía desigualdad, su horizonte político estaba en una revolución para la libertad del hombre. Es decir, no enfocaba su lucha hacia la necesidad de acabar con el latifundio; y es ahí donde centra su crítica el autor. Por otro lado, Santiago Arcos, considerado por Ramírez Necochea como una figura más radical que Francisco Bilbao, había vivido en Europa parte de su adolescencia, llegó a Chile y se encontró con un país retrasado que aún mantenía una economía latifundista similar a la feudal. Arcos proponía implementar una reforma agraria respetando la propiedad privada, y pensando en que el crecimiento y progreso del país. Para Ramírez Necochea, Santiago Arcos no es un socialista utópico, es un demócrata burgués avanzado para la época. Estas críticas realizadas a los primeros liberales que trataron de implementar un tipo de movilización avanzada a mediados del siglo XIX demuestran la orientación crítica del autor respecto a estas primeras organizaciones.

La clase obrera hasta 1879

Antes de que se iniciara la Guerra del Pacífico, el país estaba viviendo una época de cambios económicos, sociales y políticos bastante importantes; la burguesía tomaba cada vez más fuerza y poder, mientras que en los sectores populares nacía paulatinamente la conciencia obrera. Asimismo, podemos caracterizar, siguiendo los argumentos del autor, a la clase obrera como homogénea en sus caracteres esenciales: eran todos igualmente explotados, lo que les daba una unidad transversal. Existían diversos grupos de proletarios antes de la Guerra de la Pacifico, como los mineros, los ferroviarios o los portuarios, y son quienes más actuarían frente a las demandas de los obreros organizando huelgas generales o mítines para lograr sus objetivos.

La clase obrera antes de que iniciara la Guerra del Pacífico era, según el autor, débil, dispersa, sin organización, y las primeras luchas que se dieron fueron, en algunos casos, violentas. Luego de la

incorporación de las provincias de Tarapacá y Antofagasta, cuando la clase obrera ya tenía la experiencia de organización con las sociedades de socorros mutuos, las sociedades de resistencia y las mancomunales, la situación fue diferente. Sergio Grez (1997) plantea en su estudio que el clima político de tensión que predominaba en la década de 1840-1850 y las experiencias que se desarrollaron en 1850-1851 con la sociedad de la igual y la revolución de 1851, crearon el clima para que posteriormente nacieran las sociedades de socorros mutuos.

Los obreros buscaron formas de organización previas a 1879 y protagonizaron varias huelgas que son consideradas por Ramírez Necochea como relevantes; ejemplos son la huelga de operarios de sastrerías realizada en Santiago en 1849; el Movimiento de trabajadores del Norte Chico a raíz de la Guerra civil de 1851; el movimiento de cigarreros en Santiago el mes de mayo del año 1853; el movimiento de zapateros en Valparaíso en 1853; y la huelga de jornaleros en Caldera el año 1856, entre otras. Estos ejemplos muestran que la clase obrera comenzaba a forjar una consciencia de clase para estructurarse —años más tarde— como una masa organizada, donde sean sus demandas el foco de la lucha. Estas manifestaciones, en un principio, carecieron de capacidad de organización, eran breves y fueron brutalmente reprimidas por parte del estado y los empleadores, que veían sus privilegios amenazados por obreros que pedían una mejora en las condiciones de trabajo. Es en este contexto donde nacen las sociedades de socorros mutuos. La “decana del mutualismo chileno”, como la denomina Sergio Grez, fue la Sociedad Tipográfica de Santiago, fundada en 1853. Su líder fue Victorino Laínez, miembro de la Sociedad de la Igualdad. Los principales objetivos de estas organizaciones eran la cooperación entre sus miembros y la mejora en la calidad de vida.

El mutualismo es considerado por Ramírez Necochea, y también posteriormente por Sergio Grez (1997) y Fernández Darraz (2003), como organizaciones que nacen a mediados del siglo XIX y que son consecuencia de la política que se llevaba a cabo en el decenio 1840-1850, de la crisis de 1850-1851, y de las ideas liberales venidas desde Europa. Los autores mencionados reconocen al mutualismo como una muestra de experiencia pre-política, incluso anterior a 1850. Por otro lado, Gabriel Salazar, en su estudio sobre los movimientos sociales en Chile (2012), considera que aquellos estudiosos ortodoxos se equivocan en considerar a las sociedades mutualistas como primera expresión de organización pre-política, ya que no se introdujeron en la política del siglo XIX como tal (tradicionalista, represiva, oligárquica), sino que el propósito de la organización era cooperar mutuamente para mejorar la calidad de vida de sus miembros, que terminaron siendo bastante heterogéneos.

Organización obrera 1850-1879

Como se mencionó anteriormente, la Guerra del Pacífico transformó por completo, según el autor, la sociedad de la época, y tendría consecuencias a largo plazo en todos los aspectos, sociales, económicos y políticos. La anexión de las provincias de Tarapacá y Antofagasta —zonas salitreras— dieron un impulso al Estado chileno para la posterior inversión en obras públicas. Mientras la clase obrera estaba siendo brutalmente explotada por el “imperialismo inglés” —denominación que le da el autor a los capitalistas ingleses— y la burguesía local, el Estado chileno era indiferente a la desigualdad que afectaba a la mayoría de la población en las zonas salitreras, y también en el resto del país. Desde el inicio de la guerra se comienza a acelerar el proceso de consolidación de la conciencia obrera y de la organización, proceso que comienza a evidenciarse en huelgas que se desarrollaran durante el cambio de siglo.

El salitre, desde mediados del siglo XIX, comenzó a tener un protagonismo significativo en la economía nacional, y lo fue aún más con las anexiones de las provincias del norte. Las exportaciones fueron en aumento, mientras que el imperialismo inglés tomó más fuerza gracias a figuras como John Thomas North, considerado el rey del salitre. Es en este punto es donde Ramírez Necochea se detiene en su análisis y considera a Chile como una “semicolonia inglesa”, por la pasividad del Estado ante la inserción de los capitalistas británicos; los que a su vez se unían con la burguesía chilena para explotar de forma

descontrolada —ante un Estado ausente en materia social— a los obreros que trabajaban duras jornadas sin descanso en la pampa salitrera (González, 2013).

Los cambios sociales, económicos y políticos en la época finisecular fueron de gran relevancia en la historia chilena. En este punto el presidente de la República, José Manuel Balmaceda, es quien extiende el plan de inversión fiscal en obras públicas gracias a los recursos del nitrato. La creación de puentes, ferrocarriles y el viaducto de Malleco crearon el clima para la modernización nacional. Balmaceda también trató de proteger la incipiente industria nacional, creando el Ministerio de Industria y Obras Públicas, enfocándose en un plan para la modernización económica del país. Según la perspectiva marxista de Ramírez Necochea, José Manuel Balmaceda tenía un sentimiento antiimperialista y era favorable a la industrialización del país mediante la nacionalización de la industria salitrera (1987).

Los cambios sociales luego del desenlace de la guerra fueron profundos. El proletariado chileno, concentrado en la zona norte, aumenta en desmedro del campesinado, que migraba a las zonas salitreras para “mejoras en su calidad de vida”. Por su parte, la burguesía se consolidaba en el poder político y económico, logrando dividirse en dos: en un extremo la burguesía bancaria y comercial, y en el otro, la burguesía de carácter industrial y manufacturera. En lo que respecta a la política del periodo 1880-1891, el presidente Domingo Santa María introdujo las leyes laicas (matrimonio civil, registro civil y cementerios laicos). Estas medidas crearon un ambiente de tensión, pues la iglesia era contraria a la secularización del país y a perder el poder que había tenido por muchos años sobre los matrimonios y defunciones. En 1888 se realiza una reforma de sufragio universal, que provocó una fuerte oposición de la clase burguesa, de los terratenientes y banqueros-comerciantes. Este ambiente de conflictividad, que comenzó, según el autor, a desarrollarse en la época finisecular, fue antecedente de la guerra civil de 1891. Este evento, argumenta Ramírez Necochea, representó un obstáculo a la industrialización del país y la nacionalización del salitre. Además, la burguesía comienza paulatinamente a desarrollar un temor hacia un proletariado cada vez más fuerte y cohesionado.

Las primeras manifestaciones obreras después de la Guerra del Pacífico, según Sergio Grez, coinciden en sus demandas: mejora en la calidad de vida, mejoras en las condiciones de trabajo, pago en moneda (no fichas), descanso dominical, entre otras. El contexto internacional, con la llegada de ideas marxistas y anarquistas a Chile, ayuda a la organización obrera y la conciencia de clase. La Internacional en 1888 aumenta la idea de organización local y global del proletariado. Kropotkin, Malatesta y Reclus constituyen en 1881 en Londres la Asociación Internacional del Pueblo Trabajador. Estos pensadores son citados por Hernán Ramírez Necochea para dar a entender que sus ideas “anarcocomunistas” también llegaron a Chile y contribuyeron de cierta medida a la estructuración del movimiento obrero y sindical local. Estas ideas extranjeras comienzan a difundirse por la prensa nacional, libros y folletos. Los obreros venidos desde el exterior contribuyeron también a su masificación dentro del mundo proletario, que habría tomado sin dificultad los ideales revolucionarios debido a su descontento con la precaria vida que llevaban.

Organización política 1879-1900

Los partidos políticos de finales del siglo XIX son de bastante importancia en la escena nacional, ya que juegan un papel fundamental en la movilización obrera y sindical. Las sociedades de socorros mutuos y las mancomunales son consideradas por Ramírez Necochea como un articuladores de la estructura proletaria. Además, como plantearon posteriormente Jorge Barria (1971) y Mario Garcés (1988), estas organizaciones constituyen un antecedente directo de la fundación de la Gran Federación Obrera de Chile y las posteriores sindicales que se formaron durante el largo siglo XX.

El Partido Democrático se funda en 1887 y es considerado para la época como “el partido del pueblo”, lo que es criticado por el autor, ya que, desde su perspectiva, nace por la división del Partido Radical, un partido burgués formado por sectores medios, pequeña burguesía y algunos artesanos. El partido radical es de ideología liberal, conformado por burgueses considerados “progresistas” y que no habrían

contribuido significativamente a la organización y la movilización obrera. En 1884 algunos miembros del partido radical, como Malaquías Concha, Avelino Contardo y Rafael Castro, crean el periódico “La igualdad”, con el fin de expresar sus ideales y diferenciarse de la mirada conservadora del radicalismo. Posteriormente, estos radicales decidieron separarse de su partido y fundar el Partido democrático, en 1887. Hernán Ramírez Necochea argumenta que este partido no era parte de la clase obrera, y que no contribuyó significativamente a su organización, pues carecía de fundamento ideológico y de una sólida estructura partidaria. Además, existían pugnas internas que obstaculizaban sus acciones. Sin embargo, a pesar de las críticas, lo considera como el primer partido de masas.

La configuración de partido democrático es para el autor una “escuela de dirigentes proletarios”. En este punto hace referencia a un destacado miembro del partido democrático, que sería luego fundador del Partido Obrero Socialista en 1912 (posteriormente Partido Comunista) y presidente en la Federación Obrera de Chile (FOCH): Luis Emilio Recabarren (Massardo, 2012). Durante el periodo 1879-1900 se fundaron diversos partidos, en su mayoría de breve duración, pero que dejarían una huella importante en la organización obrera-popular. En 1897 nace la Unión Socialista, a consecuencia de la fusión de la Agrupación Fraternal Obrera (1896) y el Centro Social Obrero (1896). Esta nueva organización fue mirada con recelo por la clase dirigente. Sin embargo, argumenta el autor, duraría poco por lo “semiproletarizados” de sus miembros, la inexperiencia de sus líderes y la poca organización. En 1898 un grupo disidente del Partido Democrático da origen al Partido Obrero Socialista Francisco Bilbao, el cual en el año 1900 pasaría a llamarse Partido Socialista. Esta agrupación decae cuatro años después de su fundación.

La clase obrera, luego de 1879, comenzó a destacar por su organización a nivel proletario y también a nivel sindical. Las sociedades obreras (mutualistas y filarmónicas) comienzan a crecer y para 1890 ya había 66 de ellas con personalidad jurídica. Alan Angell sostiene, en una obra dedicada a las sociedades mutualistas, que “sus metas eran la cooperación mutua entre sus miembros y proveer un sistema rudimentario de seguridad social que no era probable que suministraran ni el Estado ni el patrón” (1972, p.25). Estas organizaciones fueron bastante criticadas por algunos sectores anarquistas del proletariado, debido a la falta de combatividad y la supuesta pasividad frente a las desigualdades de afectaban a la clase obrera (Grez, 2007). En la década de 1890, las huelgas obreras empezaron a intensificarse, mostrando una organización mayor que en tiempos anteriores a la Guerra del Pacífico, y manifestando ideales marxistas; en ciertas ocasiones se hacía mención al manifiesto comunista. Las sociedades de resistencia destacan en la época finisecular por las huelgas y la forma de organización, ya que, a diferencia del mutualismo, eran más combativas, por tener entre sus miembros a obreros anarquistas, así como también socialistas moderados.

Luchas obreras en la época finisecular

La vida de los obreros durante el siglo XIX no cambia sustancialmente. Posteriormente existen ciertos avances, pero no de naturaleza estructural. Las doce horas de trabajo, el no descanso dominical, la compra en las pulperías, el pago en fichas, las multas injustificadas, y el trabajo infantil (inferior al del adulto), crearon el clima para que las huelgas se intensificaran en el periodo 1884-1890. La economía jugaba un papel importante dentro de las movilizaciones obreras, pues en este periodo se experimenta un importante encarecimiento de los productos de primera necesidad y un aumento importante de los niveles de cesantía (Garcés, 2003). Esto sucedía sobre todo en las zonas salitreras o en espacios con presencia de industrias, lo que intensificaba el nivel de las huelgas obreras (Pinto, 2007).

En julio de 1890 se desarrolló el movimiento huelguista más importante de lo que iba del siglo (Grez, 1997). Se iniciaron en el norte salitrero del país, específicamente en las ciudades de Iquique, Tarapacá y Antofagasta. En Iquique la movilización la inician los lancharos, y las demandas que exigían eran el pago de salario en moneda. En el mes de julio se suman más gremios, logrando la primera huelga general obrera en Chile. Esta primera huelga marcaría un hito importante en la historia del movimiento obrero, en su

organización y desarrollo durante todo el siglo XX. A pesar de que se las demandas fueron parcialmente atendidas, con el pasar del tiempo los acuerdos fueron desconocidos, las nuevas movilizaciones fueron reprimidas y sus líderes perseguidos. La manera de actuar del Estado y los capitalistas sería la misma en toda la historia de las huelgas, protestas y movilizaciones del proletariado. La represión, argumenta el autor, será un aspecto característico y recurrente de las primeras décadas del siglo XX.

Visión crítica de la obra

Ramírez Necochea trata de explicar el origen de la clase obrera con un enfoque marxista heterodoxo y marcadamente económico. El análisis, en ciertas instancias, es inapropiado, como han mostrado varios autores en las últimas décadas (Salazar, 2012; Grez, 1997). La forma en que organiza la exposición historiográfica del movimiento obrero es interesante, pero a la vez, contradictoria. Trata, por un lado, a la Sociedad de la Igualdad como una escuela de capacitación política, mientras que, paralelamente, critica la “inmadurez” política de las organizaciones obreras que comienzan a nacer durante la segunda mitad del siglo XIX. El autor denomina “escuela de capacitación política” a la Sociedad de la Igualdad por dos motivos. El primero, debido a que, en 1850, cuando nace la Sociedad de la Igualdad, el acceso a la educación estaba restringido en gran parte a la clase dominante. Un ejemplo de aquello son sus líderes Francisco Bilbao y Santiago Arcos. El segundo tiene que ver con su análisis sobre organizaciones obreras como las sociedades de resistencia, mancomunales o mutualistas, en las cuales la organización política directa no era tan patente. Autores como Carmelo Furci critican la cronología del PC desarrollada en Origen y formación del Partido Comunista de Chile (1984). Ramírez Necochea divide la historia de su partido en periodos, al igual que Furci, pero la diferencia está en que el historiador marxista sitúa los orígenes del PC en el periodo 1850-1922, haciendo referencia, según Furci (2008), a la expresión política de las organizaciones obreras del siglo XIX. En cambio, Furci no considera a las organizaciones del siglo XIX como propiamente “políticas”, en el sentido tradicional del término, sino como expresiones de ideas cooperativistas. La cronología propuesta por Ramírez Necochea se puede apreciar en varias de sus obras, convirtiéndose en una característica recurrente de sus escritos. Pero, como han destacado varios autores, es complejo dar cuenta del carácter político reivindicativo de las organizaciones del Chile de mediados del siglo XIX; como si la conciencia obrera hubiese surgido al instante de la llegada del capitalismo inglés a Chile. La concepción de una supuesta “organización obrera débil” durante el periodo 1850-1879 resulta ser poco acertada. Hasta la actualidad no existe consenso historiográfico acabado sobre este punto.

Ramírez Necochea ve en ese “obrero-campesino” al sujeto político histórico del siglo XIX. Sin embargo, creemos que esta consideración nace del ímpetu de incorporar a la vanguardia revolucionaria actores sociales que le den el empuje y antecedente a la organización marxista-obrera del siglo XX (Hernández, 2013). Como ha sostenido Grez, Ramírez Necochea ha visto en el movimiento obrero la “dimensión política” para explicar la formación de conciencia de clase (Grez, 2005). Del mismo modo, el mismo Ramírez Necochea cree que “el proletariado es en Chile —lo mismo que en todo el mundo— la clase a la que pertenece el porvenir” (Ramírez, 1986). Rojas critica de manera directa el “sesgo vanguardista” y teleológico de Ramírez Necochea, dándonos a entender que las inspiraciones para escribir sobre la clase obrera están condicionadas excesivamente por su pertenencia al PC. “El vacío histórico que se proponía llenar Ramírez no tenía un propósito únicamente académico, sino sobre todo político” (2000).

La interpretación historiográfica de Ramírez Necochea ha sido criticada recurrentemente en las últimas décadas (Barnard, 2017). Algunos autores centran sus críticas en su determinismo económico, es decir, su imposición de lo económico-social sobre lo político (Díaz, 2014). Para González, “el acentuar una estrecha concepción del marxismo y la militancia política, por sobre las preocupaciones historiográficas, permite descuidar y generalizar conclusiones estereotipadas que no hacen más que escamotear los matices y particularidades que presentan las diversas propuestas historiográficas” (2012). Otros, no obstante, reconocen el contexto histórico de su obra y valoran los aportes del autor. Efectivamente, Ramírez Necochea fue pionero en la historia obrera y marca un punto de quiebre con los enfoques narrativistas heredados del siglo XIX. Ramírez Necochea mostró, por ejemplo, que “uno de los primeros investigadores

que trató de llenar tan grave vacío en nuestra historiografía fue Domingo Amunategui Solar, quien, en su *Historia Social de Chile*, quiso trazar siquiera un bosquejo de lo que él llamaba [...] la historia de las clases populares” (Ramírez, 1986). La historiografía liberal, asevera Pinto, “escrita durante la segunda mitad del XIX por los padres fundadores de la disciplina en nuestro país (Diego Barros Arana, Miguel Luis Amunategui, Benjamín Vicuña Mackenna), aunque aparezca ante la mirada actual como una presencia incontestablemente hegemónica, fue en su momento una opción política sobre el tipo de Estado y nación que se estaba en proceso de construir” (Pinto, 2016). Las obras de los autores mencionados, salvo excepciones, se centran en lo militar y en el Estado, en los grandes personajes, otorgando a las clases populares un rol marcadamente pasivo. Por ejemplo, al referirse a los eventos de principios del siglo XIX, Barros Arana escribe: “La masa jeneral del país que solo pedía paz i orden, aceptada ese estado de cosas si no como el mayor de los bienes” (Barros Arana, 1902). Al contrario, Ramírez Necochea pone a esa “masa jeneral” en el centro del análisis, afirmando que “un rasgo muy interesante que caracterizaba a la sociedad chilena en los primeros tiempos de la Republica, lo constituye la extrema diferencia entre la aristocracia y las demás capas de la sociedad” (1986). Sin duda, la obra sobre el movimiento obrero de Ramírez Necochea le da a la clase obrera su propia historia, sesgada para muchos, pero increíble para otros; así, permite seguir estudiando —a futuro— actores que hasta bien entrado el siglo XX estaban olvidados, y que se comienzan a desarrollar por la destacada escuela marxista en Chile.

Conclusiones

La perspectiva historiográfica de Hernán Ramírez Necochea marca, indudablemente, un hito en la historiografía chilena. El autor introduce, desde el marxismo, un nuevo enfoque en el estudio de las clases sociales, ausente anteriormente en la historia narrativista. Desde su militancia comunista, este historiador marca un punto de inflexión. Ramírez Necochea aborda y analiza en profundidad el mutualismo, elemento que será frecuente en la historiografía posterior. El autor se centra, además, en los factores económicos del siglo XIX, en conexión, hasta entonces inédita, con las transformaciones de las que es protagonista la sociedad del siglo XIX. Nuevas clases sociales emergen con la expansión del modo de producción capitalista en Chile: por un lado, la clase terrateniente-latifundista es reemplazada por la clase burguesa; mientras que, por el otro, el campesinado es desplazado por el proletariado, que, aunque con componentes estructurales diferentes, son igualmente explotados y sometidos a una vida de miseria. El autor considera las sociedades de socorros mutuos, la sociedad de la igualdad y las figuras liberales de Francisco Arcos y Francisco Bilbao, como “escuelas políticas”; en este punto, historiadores contemporáneos como Gabriel Salazar, critican el enfoque de Ramírez Necochea y sostienen que fueron estas mismas “escuelas políticas” las que decidieron no entrar en la política viciosa del siglo XIX.

La obra de Hernán Ramírez Necochea *Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX* nos da herramientas para, desde la actualidad, investigar, de forma concreta y desde una perspectiva marxista, la historia del movimiento obrero. Además, proporciona instrumentos para que la propia clase obrera pueda comprender historiográficamente sus orígenes. Aborda también algunos personajes históricos del movimiento obrero, como Luis Emilio Recabarren, analizado desde una admiración profunda por sus convicciones políticas y sociales. El desarrollo de los argumentos expuestos en la obra nos da muestra de la capacidad intelectual del historiador para estudiar a la clase obrera con detenimiento y dedicación. El estudio de este libro solo abarca hasta 1900, por lo que no profundiza ciertos aspectos posteriores de la vida de Recabarren, quien fundaría el Partido Obrero Socialista en 1912 y sería un destacado líder de la Federación Obrera de Chile; que, al igual que Ramírez Necochea, compartía una visión crítica en torno a la miserable vida que llevaban los obreros desde su nacimiento. La miseria de clase obrera que nos muestra esta obra tiene relación con el arribo de las fuerzas del capitalismo global al país, de su “progreso”, pero ¿progreso para quién? Ciertamente, para aquella clase dominante explotadora. La clase obrera de aquel entonces poco ve de ese “progreso”. Como sostuvo Luis Emilio Recabarren en 1910 en su crítica al centenario de la Republica: “La última clase de la sociedad, que constituye probablemente más de un tercio de la población del país, es decir, más de un millón de personas, no ha adquirido ningún progreso evidente, en mi concepto, digno de llamarse progreso” (2010, p.19).

Referencias

- Angell, Alan. (1972). *Partidos políticos y movimiento obrero en Chile*. México: Ediciones ERA.
- Barnard, A. (2017). *El Partido Comunista de Chile 1922-1947*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Barría Serón, J. (1972). *El movimiento obrero en Chile: síntesis histórico social*. Santiago de Chile: Ed. de la Univ. Técnica del Estado.
- Barría Serón, Jorge Ítalo. (1972). *El movimiento obrero en Chile: síntesis histórico-social*. Santiago de Chile: Ed. de la Univ. Técnica del Estado.
- Barros Arana, D. (1902). *Historia Jeneral de Chile*. Tomo XVI. Santiago: Imprenta Cervantes.
- Benedetti, Laura. (2019). *Cuestión social en Concepción y los centros mineros de Coronel y Lota (1885-1910)*. Concepción: Ediciones del Archivo Histórico de Concepción
- Cariola, Carmen, y Osvaldo Sunkel (1983). *Un siglo de historia económica en Chile. Dos ensayos y una bibliografía*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.
- Cavieres, Eduardo (1988). *Comercio chileno y comerciantes ingleses 1820-1880. Un ciclo de historia económica*. Valparaíso: Ediciones Universidad de Valparaíso.
- Díaz, F. (2014). *La cuestión del movimiento popular: lo político y lo social en la historia marxista clásica chilena. 1950-1973*. Cuadernos de Historia (40).
- Fernández Darraz, Enrique (2003). *Estado y sociedad en Chile, 1891-1931: el estado excluyente, la lógica estatal oligárquica y la formación de la sociedad*. Santiago: LOM.
- Furci, C. (2008). *El Partido Comunista de Chile y la vía al Socialismo*. Santiago: Ariadna Ediciones.
- Garcés, Mario (2003). *Crisis social y motines populares en el 1900*. Santiago: LOM EDICIONES.
- Garcés, Mario, y Pedro Milos (1988). *FOCH, CTCH, CUT. Las centrales unitarias en la historia del sindicalismo chileno*. Santiago: Eco.
- Gay, Claudio (1862). *Agricultura. Historia física y política de Chile: según documentos adquiridos en esta república durante doce años de residencia en ella*. Paris: Museo de Historia Natural de Santiago.
- Gazmuri, Cristián (2012). *La historiografía chilena (1842-1970) I*. Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial Chile.
- González (compilador), Sergio, ed. 2013. *La sociedad del salitre. Protagonistas, migraciones, cultura urbana y espacios públicos*. RIL Editores.
- González, M. (2012). *Historiografía comunista en Chile. Hernán Ramírez Necochea y en sentido de su producción, 1950-1973*. En R. Á.-O.-M. Loyola, 1912-2012. *El siglo de los comunistas chilenos* (pág. 561). Santiago: Instituto de Estudios Avanzados Universidad de Santiago de Chile.
- Grez, Sergio (1997). *De la regeneración del pueblo a la huelga general. Génesis y evolución histórica del movimiento popular en Chile (1810-1890)*. Santiago: Ediciones RIL.
- (2002). “¿Autonomía o escudo protector? El movimiento obrero y popular, y los mecanismos de conciliación y arbitraje (Chile, 1900-1924)”. *Historia* (Santiago), no 35: 91–150.
- (2005). “Escribir la historia de los sectores populares. ¿Con o sin la política incluida? A propósito de dos miradas a la historia social (Chile, siglo XIX).” *Política. Revista de Ciencia Política* 44: 17–31.

- (2007). Los anarquistas y el movimiento obrero: la alborada de “la Idea” en Chile, 1893-1915. Santiago: LOM Ediciones.
- Hernández, L. T. (2013). El Movimiento Popular y la historiografía en Chile: Elementos para un balance a 40 años del Golpe de Estado. *Revista Historia y Geografía* (29), 105-130.
- historia del sindicalismo chileno. Santiago: Eco.
- Jocelyn-Holt, Alfredo (1999). El peso de la noche. Santiago: Planeta.
- López, Elvira (2017). “El proceso de transformación de la burocracia estatal chilena, 1810-1930”. En *Historia política de Chile, 1810-2010. Tomo II. Estado y Sociedad*, 55–86. Santiago: Fondo de Cultura Económica.
- Massardo, Jaime. (2012). Luis Emilio Recabarren. Santiago: Editorial USACH.
- Matus, Mario (2012). Crecimiento sin desarrollo: Precios y salarios reales durante el ciclo salitrero en Chile (1880-1930). Santiago: Editorial Universitaria de Chile.
- Orrego Luco, Augusto (1897). La cuestión social. Santiago: Impr. Barcelona.
- Ortega, Luis. 2005. Chile en ruta al capitalismo: cambio, auge y depresión (1850-1880). Santiago: LOM.
- Pinto, J. (2016). La historiografía chilena durante el siglo XX. Cien años de propuestas y combates. Valparaíso: América en Movimiento Ediciones.
- Pinto, Julio (2007). Desgarros y utopías en la pampa salitrera. La consolidación de la identidad obrera en tiempos de la cuestión social (1890-1923). Santiago: LOM.
- Ramírez Necochea, Hernán. (1951). La guerra civil de 1891: antecedentes económicos. Santiago: Editora Austral.
- (1984). Origen y formación del Partido Comunista de Chile. Moscú: Editorial Progreso.
- (1986). Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX. Concepción: Ediciones LAR.
- (1986). Historia del movimiento obrero en Chile: antecedentes siglo XIX. Concepción: Ediciones LAR.
- Recabarren, Luis Emilio. (2010). Ricos y pobres. Santiago: LOM Ediciones.
- Rojas, J. (2000). Los trabajadores en la historiografía chilena: balance y proyecciones. *Revista de Economía & Trabajo*(10), 47-117.
- Ross, Cesar (2003). Poder, mercado y Estado. Los bancos de Chile en el siglo XIX. Santiago: LOM.
- Salazar, Gabriel (2000). Labradores, peones y proletarios: formación y crisis de la sociedad popular chilena del siglo XIX. Historia. Santiago de Chile, Chile: LOM Ediciones.
- (2009). Mercaderes, empresarios y capitalistas (Chile, siglo XIX). Chile: Siglo XXI.
- (2012). Movimientos sociales en Chile: trayectoria histórica y proyección política. Santiago: Uqbar Editores.
- Stuven Vattier, Ana Maria, y Gabriel Cid, eds (2012). Debates republicanos en Chile: Siglo XIX. Colección archivos (Universidad Diego Portales (Chile)). Santiago de Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Vergara, Gabriel Salazar (2017). La historia desde abajo y desde adentro. Santiago: Penguin Random House Grupo Editorial Chile.

Vicuña Mackenna, Benjamín (1856). La Agricultura de Chile. Santiago: Impr. Chilena.

Villalobos, Sergio (1987). Origen y ascenso de la burguesía chilena. Santiago: Editorial Universitaria.